

Capítulo 58 - El Lounge Secreto - El Juego en el Carrusel: Una Película de Terror LitRPG

- [Capítulo 58 - El Lounge Secreto - El Juego en el Carrusel: Una Película de Terror LitRPG](#)

Capítulo 58 - El Lounge Secreto - El Juego en el Carrusel: Una Película de Terror LitRPG

El lavadero al que nos dirigieron quizá ostentaba uno de los nombres más insípidos de todo Carousel: La Lavandería.

Quizá era irónico, porque en secreto, no era solo una lavandería, y por eso, llamarla así resultaba divertido.

No estaba seguro, pero a simple vista parecía una lavandería cualquiera. Personas estaban dentro lavando y secando su ropa. Había una mujer en una pequeña oficina que se encargaba de recoger trajes y vestidos para enviarlos a limpieza en seco, lo cual era un servicio agradable en un lugar así.

Los ignoramos a todos y nos encaminamos hacia la parte trasera. Al seguir el pasillo más adentro del edificio, finalmente encontramos a un hombre corpulento junto a una puerta cuya única peculiaridad era que estaba hecha de metal grueso y se abría con un asa enorme, como las que podrían encontrarse en la entrada de una fortaleza de un capo de la droga.

Estaba rodeada por lavadoras y secadoras de tamaño industrial.

El hombre no nos dijo nada, pero Antoine, con calma, dijo: "Pirita."

El hombre no respondió, y por un momento, lo único que se escuchaba eran los ruidos de las máquinas de lavado, mientras él nos observaba de arriba abajo y extendía la mano para abrir la puerta, produciendo un chillido metálico que reveló un ascensor de carga.

"Estoy seguro de que es normal tener un ascensor de carga en un edificio de un solo piso," dijo Isaac.

El hombre no respondió.

"Sí, como si entráramos en un ascensor sin luz," agregó Isaac, y tenía razón; no había luz dentro del ascensor.

"Isaac," le dije, "no hay omen. Puedes dejar de revisar."

Él hacía referencia a detalles extraños con la esperanza de descubrir algún presagio, porque así funcionaba su tropo de explorador, pero en mi percepción, nada ocurría, y el bebé no lloraba, así que probablemente estábamos a salvo.

Probablemente.

Entramos en el ascensor y, justo al hacerlo, una luz titiló. Solo había un botón, así que lo pulsamos.

El descenso fue tembloroso y, francamente, aterrador, porque entre el movimiento parecía que caminábamos hacia nuestra propia muerte, pese a todas las pruebas de que estaríamos a salvo. Un temor se apoderó de mi mente.

Pero entonces se detuvo. Entre el ascensor y el piso había una pequeña reja, y un hombre de aspecto grotesco fue a abrirla para nosotros.

Más allá, un pasillo con un papel tapiz rojo con detalles, no como el rojo que vimos en nuestras mentes, sino similar.

Salimos al pasillo y, con cuidado, seguí guiándonos al ritmo de la música que se oía a lo lejos.

Música jazz.

Cuanto más avanzábamos, más sonidos escuchábamos: gente bailando, riendo. Había una energía vibrante en el ambiente, un bullicio que contagiaba.

Finalmente, al llegar al final del pasillo y voltear a mirar, vimos un Speakeasy de los años 20, vibrante y lleno de una docena de NPCs. Las camareras y el bartender vestían atuendos acordes a la temática y la época. La gente jugaba a blackjack y a la ruleta.

El bartender llamó mucho mi atención porque no solo tenía un cuerpo atlético y musculoso, con ojos penetrantes y agudos, sino que también contaba con una Armadura de Plot de 50 y varios tropos que no podía distinguir claramente.

En el papel tapiz rojo, su nombre era Vic Malone, pero mientras lo observaba, su nombre cambiaba. Comenzaba siendo Vic, luego se convertía en Roger, después en John, y cada pocos segundos, variaba sin detenerse.

Nos avistó en el momento en que doblamos la esquina. No sonrió exactamente, pero había algo acogedor en su mirada—una especie de amused sardónico.

No podía dedicar toda mi atención a él; había tanto por ver.

"Fíjate en esas dos personas bailando junto al piano," dijo Dina. Su tropo de Perspectiva Forastera le permitía notar cosas extrañas rápidamente, y sin duda había detectado algo fuera de lo común.

Las dos personas que bailaban estaban vestidas de forma llamativa y llevaban máscaras de mascarada. No parecían ser enemigas, sino más bien NPCs, y no parecían importarle que estuviéramos allí. Pero reconocí el estilo de esas máscaras, y supe con certeza de qué historia formaban parte. La señorita morena y el señor cobalto nos ignoraron y bailaron como si eso fuera lo único que importaba.

Eso no podía haber sido una coincidencia. Nada lo era.

Había un hombre llamado "Cauliflower Bill" sentado en una mesa en la esquina más alejada, con un caballete y un cartel que decía, "Caricaturas 10 dólares." También era marcado como NPC, pero en su cartel había una imagen de una colección de payasos en un circo, y juré, al mirar esa imagen, que uno de aquellos payasos parecía mirarme de vuelta.

Era un payaso aterrador, casi como si tuviera otra cara pintada encima de la suya con maquillaje.

Tuve que apartar la vista.

"¿Alguien más tiene la sensación de que todos aquí son enemigos?" preguntó Antoine.

"Creo que puedes estar en lo cierto," respondí.

Y, efectivamente, al mirar alrededor del salón lleno de humo y jazz, todos los que no eran empleados tenían esa especie de mirada oscura—una mirada que parecía perseguirles. El peligro emanaba de su aura, y aunque no podía ver ninguna confirmación en el papel tapiz rojo, mi tropo de Explorador Histriónico, No Me Gusta Aquí, me hacía sentir muy nervioso.

La escena incluía a todo tipo de personas—algunas portando armas evidentes, otras aparentando ser personas comunes.

"¿Deberíamos irnos?" preguntó Kimberly, claramente insegura de si debíamos estar allí.

No tenía idea. El bebé no lloraba, así que no había peligro evidente que desconociamos, pero, al mismo tiempo, había muchos peligros que sí conocíamos y, por alguna razón, todos fingían ser NPCs.

"Vamos a hablar con el Paragón que está aquí detrás de la barra," dije.

Tar había insinuado que el Cabaret aceptaba todo tipo de personas, pero esto era absurdo.

Antoine se acercó rápidamente al bartender, sin perder palabras.

"¿Estamos seguros aquí?" preguntó al hombre.

El hombre—Vic, o como se llamara, Malone—sonrió y respondió, "Sabes, no recibimos muchos jugadores por aquí estos días. Me pregunto a qué será debido."

Antoine desestimó esa bienvenida con gracia y dijo: "Solo quiero saber si deberíamos estar aquí. ¿No se supone que los Paragones deben ayudar a los jugadores?"

"Bueno, calma ahí. Hay una forma de proceder. No me preguntes solo si estás en peligro. Hazte querido para que esté dispuesto a ayudarte," respondió Malone, sonriendo. Sus ojos tenían una mirada inquisitiva que revelaba algo de lo que su rostro sonriente escondía bien, una astucia, una inteligencia astuta.

Llevaba las mangas arremangadas, y sus dedos delgados y ágiles alcanzaban hasta el fondo de los vasos que pulía con esmero.

Era de esas personas cuya sonrisa podía transformar su rostro de fiero y poco acogedor a carismático y, sinceramente, cálido.

Eso lo valoraba en un lugar como este.

"Bebe una por cada uno," dijo Antoine.

"Eso será de medio peso por copa," señaló Malone. "¿Quieres que te abra una cuenta?"

Medio peso parecía una bebida realmente barata, y aunque en ese momento ninguno de nosotros quería beber, estábamos contentos porque todavía confiábamos en la lógica de que, si pagas por algo, estás a salvo, algo que en la práctica solo era 85% cierto, pues muchos restaurantes y tiendas escondían peligros.

Mientras servía nuestras bebidas, añadió, "Relájense. Estos personajes no les harán ningún daño, y no podrían si quisieran. No aquí. Pero les sugiero que no sean demasiado amistosos con ninguno de ellos porque, mientras aprenden sobre ellos, ellos también aprenderán sobre ustedes."

Observé al elenco de personajes que disfrutaba esa noche en el bar clandestino. ¿Cuántas viudas negras, asesinos en serie y psicópatas estaban con nosotros? No tenía ni idea.

El niño llorón no lloró, y nunca vi ningún presagio. Encontramos una cabina, nos apretamos y escuchamos jazz.

Con el tiempo, logramos que Malone, el barman, se acercara a conversar con nosotros. No quería hablar desde el bar.

Se deslizó hasta la cabina y preguntó, "¿Qué los trae por estos lares? Gente como ustedes no aparece aquí sin una buena razón."

Andrew fue el primero en hablar.

"Estamos en una misión," dijo. "Buscamos una historia que involucre hombres lobo y tenga lugar en la montaña cerca del Pabellón Powerworks. ¿Tiene alguna información sobre la localización de un presagio para esa historia o algo que pueda ayudarnos?"

“Entiendo,” dijo Malone. “Verás, yo me inclino por los tipos de asesinos humanos.” Luego, en voz baja, añadió para sí mismo, “Un tipo que viene aquí a preguntar por hombres lobo...” como burlándose. “Lo que sugiero es que beban, piensen en ello y simplemente absorban todo. Nunca se sabe qué pueden encontrar aquí.”

Sonrió, se levantó de la cabina y volvió a la barra.

“Esto no sirve,” dijo Michael. “No me gusta seguir buscar fantasmas, y no me gusta que jueguen con nosotros como si fuéramos... lo que sea. Pelícanos, políticos, amantes...”

“Paragones,” aclaró Andrew. “Se llaman Paragones. La versión antigua del Atlas que tenemos ahora habla de ellos.”

“No importa,” afirmó Michael, y fue el primero en tomar su cerveza y darle un sorbo. Como no se tambaleó, los demás lo imitaron, aunque en realidad no bebieron mucho.

“Quizá deberíamos dejar de lado todos nuestros tópicos,” sugirió Kimberly, “solo para asegurarnos de que, si hay peligro, ninguno de nosotros lo esté detectando sin querer y evitando que el bebé llore.”

En realidad, esa fue una idea inteligente. Estábamos bastante emocionales y tensos, por lo que si uno de nuestros tópicos detectaba peligro o magia o algo por el estilo, posiblemente no lo notaríamos, pero nuestra capacidad para detectarlo podría impedir que el bebé llorara.

Así que todos nos despojamos de nuestros tópicos, y cuando el bebé no lloró, los volvimos a colocar. Qué tontos nos sentimos después.

“Fue una buena idea,” admití. “Tal vez en realidad estemos a salvo aquí.”

Aún no sentía que fuera así, y honestamente, me estaba frustrando muchísimo al no entender por qué estábamos allí en primer lugar.

Dejé que mis ojos vagaran.

Había un hombre bebiendo solo en el rincón.

Parecía un tipo común, probablemente buen conquistador, si tuviera que adivinar, pero dedicaba toda su atención a observar a una mujer y a un hombre al otro lado de la sala, y de vez en cuando la mujer le devolvía la mirada como si compartieran un secreto.

Puse juntas las piezas y deduje que estaban trabajando juntos para estafar al tercer hombre con quien conversaba la mujer. Sí, por la pinta, aquel tipo que hablaba con ella tendría una noche difícil. Quizá solo me lo imaginaba.

Es decir, me costaba concentrarme en la verdadera razón por la que estábamos allí.

Mis ojos recorrieron más la sala mientras observaba cómo se desplegaban otras historias: un par de estafadores intentando vender una moneda a un ingenuo, una mujer que escondía algo en la bebida de un pianista de jazz, y así sucesivamente.

Y el hombre allí en el rincón, esperando para dibujar la caricatura de alguien.

Vaya tipo extraño.

Parecía no interactuar con nadie; sus ojos eran amarillos donde debería estar el blanco y negros por doquier, no de manera sobrenatural, sino más bien por autodestruirse con alcohol. Tenía una forma peculiar, también, como un porrón de bolos con brazos de fideo. Su figura era tan distintiva que lo reconocí en la foto que tenía de todos esos payasos, incluso sin su maquillaje.

“¿Alguien quiere acompañarme? Quiero hablar con este chico de aquí,” dije. No pensaba que fuera parte de nuestra razón de estar allí, pero aún así quería saber qué hacía y por qué un antro de delincuentes necesitaba un caricaturista.

Antoine se ofreció a acompañarme.

Al acercarnos, el hombre empezó a sonreír, una gran sonrisa llena de dientes amarillos que hacían juego con sus ojos amarillos. Cuando habló, fue como si pudiera oír casi cada cigarrillo que había fumado en su voz.

“¿Les interesa un retrato, caballeros?” dijo, tosiendo. “Les haré un precio increíble, solo diez dólares.”

Eso equivaldría a veinte cervezas en esta economía.

“¿Quieren ver algunos de mis otros retratos?” preguntó, abriendo un libro lleno de fotos de Polaroid con dibujos que había hecho. La mayoría eran de familias con niños, algunas románticas con parejas, y, por supuesto, algunos grupos de amigos que decidieron hacerse retratar juntos.

“¿Qué pasa con los payasos?” preguntó Antoine, mirando la señal y la foto en ella.

“¿Te gusta eso?” dijo el hombre, no preguntando, sino afirmando. “Sí, trabajo en el Circo del Tapiz Bajo. Vuelve a la ciudad el mes que viene; será emocionante. Este soy yo,” dijo, señalando al que claramente era él por su forma graciosa y sus ojos amarillos.

“¿Te gusta ser payaso?” pregunté.

“Oh sí, pero si soy honesto, mayormente lo hago por los niños,” dijo, y luego me miró con una expresión en blanco.

Miré la foto de todos esos payasos claramente peligrosos. En las películas, los payasos suelen tener al menos dos versiones distintas de sí mismos: la normal, que uno esperaría ver en un circo real, y la aterradora, que solo aparece cuando estás a punto de ser asesinado. La foto mostraba las versiones no aterradoras, y aún así, eran claramente peligrosas, aunque no de una forma que

resistiría en un juicio.

No podía mirar la imagen por mucho tiempo porque el payaso con la cara dibujada encima de la suya empezaba a ponerme nervioso.

No sabía qué esperaba ver, pero quizás pensaba que, como él no seguía su propia narrativa, como hacían los otros personajes del Speakeasy, tenía algo que ver con nosotros.

Miré a Antoine y encogí los hombros.

Él me devolvió el gesto y regresamos a nuestro rinconcito, donde todos ya estaban en su segunda ronda, aunque no hubieran terminado la primera.

—Quizá deberíamos haber ido al centro comercial —dijo Isaac—. ¿Recuerdas a toda esa gente hablando sobre ir al centro comercial real, cuando estábamos en el outlet? Es todo mall, uno tras otro. Piensa en ello: hay una tienda de disfraces en el centro, ¿recuerdas? Quizá haya un disfraz de hombre lobo, y se supone que debemos comprarlo; esa sería la señal. ¿No tendría sentido que en una película de hombres lobo hubiese un disfraz como señal —literalmente transformándose en hombre lobo? — Seguía tocándose la sien como si quisiera mostrarte exactamente lo ingenioso que era.

Y, sin embargo, cuando dijo eso, lo único que podía pensar era: ¿Cómo sería exactamente un disfraz de hombre lobo en Carousel? Porque hay tantos tipos diferentes de hombres lobo. ¿Sería un traje grande de peluche, o tal vez una máscara, o quizás alguna pasta para la cara que te pegas en el rostro para crear un hocico o algo así?

Al empezar a imaginarlo, se me ocurrió algo, y realmente no podía dejar de pensar en ello. En lugar de volver a mi lugar en el rinconcito, fui al bar y me senté allí, y finalmente, las piezas empezaron a encajar.

¿Los hombres lobo de diferentes franquicias no se parecen en nada, verdad?

De alguna forma, esa idea me llevó de vuelta a la adivinanza que nos había dado la señora Celia:

"Has caído, amigos tuyos, uno aquí, otro allá; hasta que resuciten, no tendrás amigos que salvar."

Tenía un par de ideas bastante claras, pero, ¿cómo encajaban entre sí?